

muy especialmente en servicio del rey y de la religion, pospusiesen sus resentimientos personales á los intereses del procomunal. Idénticas razones á las que presentaba Cortés, expusieron los dos respetables enviados, logrando conjurar la tormenta y restablecer la buena armonía (1). Sin embargo, aunque reconciliados, al parecer, los dos jefes, no pasaba lo mismo en el fondo del corazon. Las palabras que habian cruzado entre ellos, impedian que la amistad, rota por unos instantes, volviese á unirse íntimamente sin dejar señal de su ruptura. Se trataban con atencion y deferencia; pero nunca llegaron, desde entonces, á ser amigos (2).

Siguieron juntas las dos divisiones su marcha, al siguiente día, pernoctando en Cuautitlan, cuyos habitantes habian abandonado la ciudad al aproximarse los españoles, para ir á reunirse á los ejércitos situados en las montañas y en la capital. La misma soledad encontraron al pasar por Tenayocan y Azcapozalco. Las poblaciones se hallaban desiertas, y todo indicaba que el país entero habia cambiado sus hogares por el campamento, y los instrumentos de labranza por las armas.

Avanzando con las precauciones que exigia la pruden-

(1) «Y sobre ello ya habíamos echado mano á las armas de los de nuestra capitanía contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos: y desde allí le hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á Juan Pedro Malgarejo y el capitán Luis María... y como llegaran nos hicieron amigos.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Mas de allí en adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí.»—El mismo.

cia, y esperando encontrar á cada instante fuertes ejércitos dispuestos á disputarles el paso, llegaron á Tacuba, capital importante entonces de una parte de la desmembrada nacion tepaneca, y hoy ligera aldea, á quien solo le quedan los notables recuerdos históricos de su memorable pasado.

Completa soledad reinaba en sus calles y en sus casas. Ni una sola persona habia quedado en la ciudad.

Era el punto señalado á Pedro de Alvarado para situar su campamento. Las tropas españolas se alojaron en el palacio del jefe de la nacion, situando una guardia en el *teocalli* mayor, y los tlaxcaltecas ocuparon los principales edificios de la ciudad.

Desde el momento en que el sol empezó á ocultar su luz, se fueron presentando á los alrededores de la ciudad numerosos escuadrones mexicanos, dando espantosos alaridos y provocando á sus contrarios á que saliesen á batirse. El ejército castellano, no haciendo caso de las provocaciones, pero duplicando los centinelas y las rondas, pasó la noche escuchando sin cesar los gritos y los instrumentos de guerra.

Al brillar la luz del siguiente dia, las tropas de las dos divisiones se hallaban de pié, dispuestas para emprender alguna operacion militar. Los dos jefes españoles habian resuelto dirigirse á Chapultepec, para cortar la cañería, y privar á la ciudad del agua que de allí recibia. Era domingo, el ejército, despues de haber asistido á la misa, que la dijo el sacerdote Juan Díaz, emprendió la marcha.

Los escuadrones mejicanos habian desaparecido. Comprendiendo que la primera disposicion de sus enemigos,



seria cortarles el agua, se habian dirigido á Chapultepec, para defender la importante cañería (1).

Los españoles caminaron la media legua que hay de Tacuba á Chapultepec, sin encontrar mas que ligeras partidas de guerreros, que lanzaban sobre ellos algunas flechas y piedras; pero al llegar al punto objetivo, descubrieron un ejército lucido y considerable, preparado á impedir el logro de la empresa.

Pronto se trabó una lucha tenaz; pero la victoria se declaró al fin por los castellanos y tlaxcaltecas, y la cañería, que era en su mayor parte de piedra y mezcla, quedó destruida en aquel punto sin que por ella volviese á entrar agua, durante el sitio, á la ciudad (2).

Alcanzado el objeto que se habian propuesto los jefes españoles, determinaron bajar á la calzada de Tacuba, siempre funesta para los soldados de Cortés, y hacer un esfuerzo que les diese la posesion del primer puente. Las dificultades de la empresa, las palparon desde el instante que se presentaron en la calzada. Innumerables escuadrones de guerreros mejicanos, armados de largas lanzas, flechas, hondas y macanas, ocupaban toda la parte de tierra, y millares de canoas, apretadas de combatientes, cubrian completamente la laguna. La vista no acertaba á descubrir mas que batallones aztecas, en toda la inmensa extension del lago y de la calzada, causando asombro su

(1) «Porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podríamos dañar.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y cortó y quebró los caños, que eran de madera y de cal y canto, y peleó reciamente con los de la ciudad.»—Tercera carta de Cortés.

infinito número en los castellanos (1). No se arredraron, por esto, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. Por el contrario, poniéndose á la cabeza de sus tropas, se lanzaron sobre los formidables escuadrones enemigos, sufriendo una espantosa tempestad de flechas, y tratando de romper la poderosa barrera de lanzas con que les cerraban el paso. Treinta españoles quedaron heridos en aquella primera descarga de dardos y de piedras, y tres además quedaron muertos. La lucha se hizo entonces sangrienta. De una y otra parte se combatia con heróico denuedo, y si las flechas, piedras, macanas y lanzas, causaban víctimas, no causaban menos las templadas hojas de las cortantes espadas toledanas. Los mejicanos, mas acaso por ardid que por no poder resistir el empuje de sus contrarios, se fueron retrayendo poco á poco, pero sin volver la espalda, hácia la fuerte posicion del puente. Los españoles siguieron el avance, encontrando siempre una resistencia tenaz y bajo una lluvia incesante de flechas y de piedras que, desde las canoas, situadas á uno y otro lado de la calzada, arrojaban los guerreros que ocupaban la laguna. Al llegar los castellanos al puente, resonaron por todas partes los alaridos de guerra lanzados por los aztecas, y el estrepitoso ruido de los caracoles marinos. Millares de nuevos escuadrones se dejaron ver de repente por todas partes, cerrando el paso á los cristianos y atacándoles por los flancos desde la laguna. Los españoles, redu-

(1) «Eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas é calzadas, que nos admiramos dello.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conq.



cidos á la estrecha calzada que tenia ocho varas de ancho, no tenian sitio para maniobrar, y los soldados de caballería apenas podian mover sus corceles. Inútiles eran tambien los diez y ocho arcabuces y número igual de ballestas con que contaban, pues los mejicanos habian puesto á cada canoa un parapeto de tablones, evitando así el daño que al principio les causaban aquellas armas.

El ejército cristiano se encontraba, por lo mismo, atacado por todas partes, y sin poder ofender. Los guerreros mejicanos, saliendo de repente de sus canoas por uno y otro lado de la calzada, acometian con indecible furia á sus contrarios; y cuando se encontraban acometidos, se arrojaban á la laguna dejando burlada la furia de los ginetes (1).

La situacion de los españoles era crítica. No solamente se veian en la imposibilidad de atacar á sus contrarios, que enviaban sobre ellos una incesante lluvia de armas arrojadas, sino que se encontraban de trecho en trecho, con gruesas trincheras construidas en las orillas del lago, desde donde recibian considerable daño.

Una hora llevaban de esa terrible lucha, cuando vieron que se dirigia una numerosa escuadra de canoas, con multitud de guerreros, hácia un punto de la calzada, con obje-

(1) «Porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer á tan gran poderío que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como á terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas y no les hacíamos daño, sino muy poco, porque las traian muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetíamos á los escuadrones que peleaban en la misma luego se echaban al agua, y habia tantos dellos que no nos podíamos valer.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

to de cerrar la retirada (1). Entonces dispuso Pedro de Alvarado desistir de la toma del puente, y que la tropa retrocediese. A fin de que la caballería pudiese maniobrar y la retirada se hiciese en orden, mandó que los tlaxcaltecas fuesen los primeros en salir de la calzada, quedando él con los suyos en la retaguardia, que era la peligrosa al retraerse.

Al notar los mejicanos el movimiento de retroceso, lanzaron el grito de triunfo, y acometieron con furia espantosa á sus contrarios, metiéndose por entre sus espadas y procurando desbaratar sus filas (2).

Los españoles, acometiendo con sus espadas y caballos á los que trataban de cerrarles el paso, y luchando sin cesar un solo instante, lograron salir al fin de la funesta calzada, teniendo ocho muertos y mas de cincuenta heridos.

Al verse los soldados en tierra firme, «dieron gracias á Dios,» dice el bravo veterano historiador, «porque les habia salvado del inminente peligro donde todos debian haber perecido (3).»

Los mejicanos, contentos con la ventaja conseguida, y

(1) «Y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora... y aun vimos que venia por otra parte una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Pues cuando los mejicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlaxcaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban! Y como se venian á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir.»—El mismo.

(3) «Y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos, y mas de cincuenta heridos.»—Bernal Diaz del Castillo Hist. de la conquista.



no queriendo aventurar una batalla en tierra firme, provocaban á los españoles á que volviesen al ataque, y dirigian terribles insultos á los tlaxcaltecas, llamándoles cobardes y afeminados. Los valientes guerreros de la república contestaban á los insultos, desafiándoles á que saliesen á batirse con ellos en doble número, asegurando que no tomarian parte los hombres blancos (1).

El ejército volvió á Tacuba sin ser molestado, y Pedro de Alvarado se ocupó de disponer todo lo relativo al buen orden de su campamento.

Disgustado Cristóbal de Olid de la imprudencia de su compañero, en haber atacado el puente sin éxito favorable, resolvió marchar á Coyohuacan, que era el punto señalado para su campamento, distante dos leguas de Tacuba. Estaba destruida la cañería, empresa que se habia encomendado á los dos y no quiso detenerse mas tiempo en donde no tenia orden de permanecer.

Puesto de acuerdo con Pedro de Alvarado para auxiliarse mutuamente, se dirigió al sitio que se le habia señalado. Alojada su tropa en el palacio del señor de Coyohuacan, y distribuido el ejército auxiliar tlaxcalteca convenientemente en diversos puntos de la ciudad, se propuso estar á la defensiva, hasta que Hernan Cortés llegase con los bergantines.

Sus operaciones militares, lo mismo que las de Pedro de Alvarado, se redujeron durante los siete dias en que esperaron que la escuadra se presentase en la laguna, á rechazar á los escuadrones que con frecuencia se presentaban

(1) «Y nuestros amigos los tlaxcaltecas les decian que saliesen á tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearian con ellos.»—Bernal Díaz.

á hostilizarles, y en proveerse de los víveres necesarios.

La caballería cruzaba sin cesar las dos leguas que separaban los dos campamentos, á fin de estar constantemente en comunicacion.

La situacion de los dos campamentos era comprometida. Guatemotzin podia enviar sobre ellos fuerzas numerosas que los dejase en absoluto aislamiento. Obligados á todas horas á sostener combates sangrientos, esperaban con impaciencia la llegada de Hernan Cortés con los bergantines, y la de Sandoval con su division.

El peligro era inminente para Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, entretanto que no se completase el sitio con los campamentos que debian formar las fuerzas del caudillo español y de Sandoval (1).

(1) Clavijero y Prescott dicen que, segun Cortés, desde el dia en que se establecieron los campamentos de Alvarado y Olid, empezó el sitio; pero han padecido un error, como lo manifestaré mas adelante, valiéndome de las mismas palabras de Cortés. Los dos apreciables historiadores han sufrido una equivocacion al decir que el campamento de Sandoval se formó el 30 de Mayo, habiendo sido del 22 al 23.